

Prólogo

Tristan

2 de abril de 2014

—¿Lo tienes todo? —preguntó Jamie, mordiéndose las uñas en el salón de la casa de mis padres. Sus hermosos ojos azules, como los de una paloma, me sonrieron recordándome lo afortunado que era, porque ella era mía.

Me acerqué y la tomé en mis brazos, apretando su cuerpecillo contra el mío.

—Sí, creo que ya está todo, cariño. Es nuestro momento.

Entrelazó sus manos alrededor de mi cuello y me besó.

—Estoy muy orgullosa de ti.

—De *nosotros* —corregí yo. Después de demasiados años soñando y deseándolo, por fin había logrado poner en marcha mi propio negocio de carpintería artesana. Mi padre era mi mejor amigo y también mi socio, e íbamos a volar hasta Nueva York para reunirnos con algunos inversores interesados en financiar la empresa—. Sin lo mucho que me has apoyado, yo no sería nada. Esta es nuestra oportunidad de conseguir todo lo que hemos soñado.

Jamie volvió a besarme.

Jamás imaginé que se podía amar tanto a alguien.

—Antes de irte, tengo que decirte una cosa. Me ha llamado la profesora de Charlie. Se ha vuelto a meter en problemas, y no me sorprende nada, porque se parece mucho a su padre.

Sonreí irónicamente.

—¿Qué ha hecho esta vez?

—La señora Harper me ha dicho que una niña se estaba burlando de sus gafas, y él le ha soltado que esperaba que se

ahogara tragándose un sapo, porque era clavadita a uno. ¡Tragarse un sapo, menuda idea! ¿Te lo puedes creer?

—¡Charlie! —lo llamé. Se acercó, con un libro en las manos. No llevaba las gafas puestas, y adiviné que tenía que ver con el incidente.

—¿Qué pasa, papá?

—¿Le has dicho a una niña hoy en la escuela que se parece a una rana?

—Pues sí —dijo tranquilamente. Para tener ocho años, no parecía preocuparle demasiado que sus padres lo riñeran o se disgustaran con él.

—Eh, no puedes ir diciendo cosas así.

—Pero ¡es que es clavada a un sapo, papá! —replicó él.

Tuve que disimular una sonrisa, y dije:

—Ven y dame un abrazo.

Lo hizo, pero a mí me preocupaba que llegara el día en que abrazara a su padre con desgana.

—Pórtate bien con mamá y con la abuela mientras estoy de viaje, ¿de acuerdo?

—Vale, vale.

—Y ponte las gafas cuando leas.

—¿Por qué? Me hacen parecer estúpido.

Me incliné y le toqué la punta de la nariz.

—Los hombres de verdad llevan gafas.

—¡Tú no llevas! —se quejó.

—Sí, bueno. Los hombres de verdad a veces no llevan gafas. Hay de todo, chaval. Pero póntelas, ¿de acuerdo?

Refunfuñó un poco mientras volvía a su habitación a terminar el libro. El hecho de que fuera más aficionado a leer que a los videojuegos me hacía muy feliz. Le venía de familia: de su madre, que es bibliotecaria, pero también me gustaba pensar que el hecho de que yo le leyera al bebé cuando estaba embarazada también tuvo algo que ver con su amor por los libros.

—¿Qué haréis hoy? —pregunté a Jamie.

—Por la tarde iremos al mercadillo. Tu madre quiere flores nuevas. Seguro que le comprará algo a Charlie, aunque no lo

necesite. Ah, y Zeus ha mordisqueado tus Nikes favoritas, así que te compraré otras.

—¡Maldita sea! ¿De quién fue la idea de tener un perro?

Jamie se echó a reír.

—Fue culpa tuya, solo tuya. Yo ni siquiera quería un perro, pero fuiste incapaz de decirle que no a Charlie. Tú y tu madre tenéis mucho en común.

Volvió a besarme antes de coger la maleta y entregármela.

—Que tengas buen viaje, haz que nuestros sueños se hagan realidad.

Volví a posar mis labios sobre los suyos, sonriendo.

—Cuando vuelva, te construiré la biblioteca más bonita del mundo. Con escaleras altas hasta el cielo. Y luego te haré el amor, en algún lugar entre *La Odisea* y *Matar a un ruiseñor*.

—¿Me lo prometes? —dijo mordiéndose el labio inferior.

—Prometido.

—Avísame cuando aterrices, ¿vale?

Asentí y salí de la casa. Mi padre ya estaba listo y me esperaba en el taxi.

—¡Eh, Tristan! —Jamie me llamó mientras cargaba mi equipaje en el maletero del vehículo. Charlie estaba a su lado. Ambos se pusieron las manos como altavoz, y gritaron:

—¡TE QUEREMOS!

Sonreí, y les grité lo mismo, como siempre.



En el vuelo, papá no dejó de hablar de la gran oportunidad que teníamos ante nosotros. Cuando aterrizamos en Detroit para la conexión, ambos encendimos los teléfonos móviles para comprobar el correo electrónico y para avisar a Jamie y a mamá de que habíamos llegado bien. Cuando tuvimos cobertura empezaron a llegarnos un montón de mensajes de texto de mamá. Supe que algo iba mal. Cuando los leí, mi estómago dio un vuelco lentamente.

Mamá: Ha habido un accidente. Jamie y Charlie no están bien.

Mamá: Tenéis que volver a casa.

Mamá: ¡Daos prisa!

En un instante, el mundo que conocía había cambiado irreversiblemente.

Capítulo 1

Elizabeth

3 de julio de 2015, Jamesville, Wisconsin

Cada mañana leo cartas de amor escritas para otra mujer. Ella y yo teníamos mucho en común, desde nuestros ojos de color chocolate hasta el tono rubio del pelo. Teníamos el mismo tipo de risa tranquila, que se hacía más ruidosa en compañía de nuestros seres queridos. Su sonrisa también partía de la comisura derecha de la boca, y fruncía la izquierda, igual que mis labios.

Encontré las cartas abandonadas en la basura, en el interior de una caja de hojalata en forma de corazón. Cientos de notas, algunas largas y otras cortas, felices o desgarradoramente tristes. Las fechas de las cartas se remontaban a algunos años atrás, y algunas incluso tenían fechas anteriores a mi propio nacimiento. En las cartas a veces aparecían las iniciales KB y otras, HB. Me pregunté qué habría sentido papá al saber que mamá las había tirado. Pero de todos modos, recientemente me costaba mucho creer que ella se hubiera sentido en algún momento como la mujer de esas cartas.

Completa, entera.

Parte de algo deliciosamente divino.

Porque últimamente, parecía todo lo contrario.

Rota.

Incompleta.

Sola, todo el tiempo.

La verdad es que mamá cambió radicalmente cuando papá murió. Se volvió... Bueno, se volvió una puta. No hay manera de decirlo finamente. No fue de repente, por supuesto. Aun-

que la señorita Jackson, que vivía dos calles más abajo, cotilleara diciendo que mamá se acostaba con cualquiera incluso cuando papá vivía, yo sabía que no era verdad. Porque nunca olvidé la manera en que lo miraba cuando yo era pequeña. Era la mirada de una mujer con ojos para un solo hombre. Cuando papá se iba a trabajar, al amanecer, tenía su desayuno y su comida listos, con tentempiés para todo el día. Papá siempre se quejaba de que incluso después de comer le entraba hambre al cabo de un rato, y por eso ella se aseguraba de que siempre tuviera con qué saciar su apetito. Papá era poeta y daba clases en la universidad, a una hora de camino. Por eso no era sorprendente que se dejaran mensajes de enamorados. Papá bebía esas palabras con su café, cada mañana, y también cada noche, con un poco de whisky. Y aunque mamá no tenía tanta facilidad con las palabras como él, se esforzaba y sabía expresar su amor en cada carta que le escribía.

En cuanto papá salía de casa por las mañanas, mamá sonreía y tarareaba mientras limpiaba las habitaciones y me preparaba para pasar el día. Hablaba de papá, me decía lo mucho que le echaba de menos, y me contaba que iba a escribirle cartas de amor hasta que volviera, por la noche. Entonces, cuando regresaba, mamá servía dos copas de vino mientras él canturreaba su canción favorita, y le besaba el interior de la muñeca cuando se acercaba lo bastante como para posar sus labios en ella. Y se reían juntos, compartiendo un secreto divertido, como si fueran dos jovencitos que se enamoran por primera vez.

—Eres mi amor sin fin, Kevin Bailey —decía ella, besándole.

—Y tú eres mi amor sin fin, Hannah Bailey —respondía papá, haciéndola danzar en sus brazos.

Se amaban de tal manera que los cuentos de hadas sentían envidia de ellos.

Así que ese caluroso día de agosto en que papá murió, una parte de mi madre también murió con él. Recuerdo que una vez leí esta frase en una novela: «Un alma gemela no se va del mundo sola; siempre se lleva un pedazo de su media naranja con ella». Tenía razón, y lo odiaba.

Mamá no se levantó de la cama durante meses. Tuve que hacer que comiera y que bebiera agua cada día, y me limité a esperar que no desapareciera ella también, consumida por su tristeza. Jamás la había visto llorar hasta que perdió a su marido. Me obligué a no mostrar mis propias emociones, porque sabía que eso aún la entristecería más. Así que solamente me permitía llorar cuando estaba a solas. Al final se levantó de la cama. Durante semanas fue a la iglesia y yo la acompañaba. Recuerdo que tenía doce años y me sentía absolutamente perdida, sentada en los bancos de madera. No éramos una familia muy creyente antes de que las desgracias se sucedieran. Y tampoco lo fuimos demasiado después: mamá empezó a decir que Dios era un mentiroso, y se burlaba de los feligreses por creerse esa montaña de promesas y engaños. El pastor Reece nos pidió que no volviéramos a la parroquia durante un tiempo, para que se calmaran los ánimos. Yo no sabía que se podía expulsar a la gente de la casa de Dios hasta ese día. Supongo que cuando el pastor nos había dicho que todas las ovejas del Señor éramos bienvenidas, se refería a un «todas» más específico.



Ahora mamá estaba ocupada con su pasatiempo habitual: los hombres. Eran distintos, cada cierto tiempo cambiaba. Con algunos dormía, otros la ayudaban a pagar los gastos, y algunos simplemente le gustaban porque le recordaban físicamente a papá; incluso los llamaba por su nombre. Esa noche había un coche aparcado frente a su casa. Era de color azul oscuro, con guardabarros plateados y brillantes. El coche tenía asientos de cuero rojo, y había un hombre sentado con un cigarrillo colgando de los labios y mamá en su regazo. Parecía salido de los años sesenta. Estaba susurrándole algo al oído, y ella reía, pero no era el mismo tipo de risa que había compartido con papá.

Era una risa un poco vacía, triste.

Miré calle abajo y vi a la señorita Jackson, rodeada de su grupito de cotorras, sin perder detalle de mamá y de su nuevo hombre de la semana. Deseé que estuvieran lo bastante cerca

como para mandarlas callar, pero estaban a una esquina de distancia. Hasta los chavales que jugaban a la pelota en la calle, golpeándola con palos, se detuvieron para observar boquiabiertos a mamá y el espectáculo que estaba ofreciendo.

Los coches caros como ese nunca aparcaban en nuestro barrio. Había tratado de convencer a mi madre de mudarnos a una zona mejor, pero siempre se negó. Creo que era porque ella y papá habían comprado esa casa juntos.

Quizá todavía no estaba preparada para pasar página del todo.

El hombre soltó una nube de humo en la cara de mi madre y ambos se rieron. Ella llevaba su vestido más bonito, uno amarillo que caía desde el escote, ceñido a su esbelta cintura y que se abría en una falda amplia al final. Llevaba un montón de maquillaje, tanto que lograba que su rostro de cincuenta años pasara por el de una treintañera. Era guapa sin toda esa porquearía en la cara, pero solía decir que un poco de colorete convertía a una chica en mujer. También llevaba un collar de perlas, de la abuela Betty. Nunca se lo había puesto con un extraño antes de esa noche, y me pregunté por qué había decidido hacerlo ahora.

Los dos miraron en mi dirección y me escondí detrás del rincón del porche desde donde los espiaba.

—Liz, si quieres esconderte, tendrás que hacerlo mejor. Vamos, ven a conocer a mi nuevo amigo —me apremió mi madre.

Salí de detrás del poste y me dirigí hacia ellos. El hombre soltó otra nube de humo y el olor flotó frente a mí mientras observaba su pelo grisáceo y sus profundos ojos azules.

—Richard, esta es mi hija Elizabeth. Todos los que la conocen la llaman Liz.

Richard me miró de arriba abajo, haciéndome sentir un insecto. Me estudió como si fuera una muñeca de porcelana que tuviera ganas de romper. Traté de no exteriorizar mi incomodidad, pero creo que era palpable. Bajé la vista al suelo.

—¿Cómo estás, Liz? —preguntó.

—Elizabeth —corregí yo, mientras mi voz se estrellaba contra el pavimento—. Solamente la gente que me conoce me llama Liz.

—Liz, ¿esa no es manera de contestar! —me riñó mamá, con el ceño ligeramente fruncido marcándole arrugas en la frente. Le habría sentado muy mal saber que se le veían. Yo odiaba que, en cuanto aparecía un tipo nuevo, ella se pusiera de su parte en lugar de defenderme a mí.

—No pasa nada, Hannah. Además, tiene razón. Hace falta tiempo para conocer a alguien. Los apodos cariñosos se ganan, no se utilizan así como así. —Pero había algo desagradable y traicionero en la manera como Richard me miraba y seguía chupando su cigarro. Yo llevaba un par de tejanos y una camiseta ancha de algodón, y sin embargo sus ojos me hacían sentir vulnerable, como si estuviera desnuda—. Íbamos a comer algo al pueblo. ¿Te apetece venir? —propuso.

—Emma aún está durmiendo —dije, declinando la oferta. Volví la mirada hacia la casa donde mi hija seguía dormida, en el sofá plegable que ella y yo compartíamos, demasiadas veces, desde que habíamos vuelto a vivir con mamá.

Porque ella no era la única que había perdido al amor de su vida.

Esperaba no terminar como ella.

Esperaba solamente encontrarme en la fase de tristeza.

Había pasado un año desde la muerte de Steven, y aún me costaba respirar.

Mi verdadero hogar, y el de Emma también, estaban en Meadows Creek, en Wisconsin. Era una casa que necesitaba reformas, pero Steven, Emma y yo nos habíamos instalado en ella para crear un hogar. Allí nos enamoramos más, nos peleamos, volvimos a enamorarnos y así hasta que se convirtió en un espacio de calidez, simplemente porque nosotros vivíamos entre sus paredes. Después de la muerte de Steven, solamente quedó un vacío helado en el lugar que antes había ocupado.

Para siempre es un tiempo mucho más breve de lo que la gente piensa.

Durante lo que pareció un momento eterno, la vida fluyó con normalidad, como un río; y de repente, un día se detuvo con una brutal sorpresa.

Los recuerdos y la tristeza me asfixiaban, así que decidí escaparme y pasar un tiempo con mi madre. Durante más de un año, había vivido engañándome, pensando que había ido a por leche y que en cualquier momento entraría por la puerta y volvería con nosotras. Cada noche, cuando me iba a dormir, me colocaba en el lado izquierdo de la cama y cerraba los ojos, fingiendo que Steven estaba en el derecho. Pero ahora mi hija Emma necesitaba más. Mi pobrecita niña necesitaba estar lejos de sofás camas, de hombres extraños que iban y venían, de los cotilleos de los vecinos que pronunciaban palabras que ninguna niña de cinco años debería oír. También me necesitaba a mí. Había sido media madre, caminando en la oscuridad. Tal vez si hacíamos frente a los recuerdos de nuestra vieja casa, lograría encontrar más paz.

Volví al interior de la casa y observé a mi pequeño ángel durmiendo. Su pecho subía y bajaba con un ritmo perfecto, pausado. Teníamos mucho en común, desde los hoyuelos en las mejillas hasta el color rubio del pelo. Compartíamos el mismo tipo de risa tranquila que, sin embargo, se volvía sonora y risueña en compañía de la gente que amábamos. Sonreía con el lado derecho de la boca, y fruncía el otro, igual que yo. Pero había una gran diferencia entre las dos: ella tenía los ojos azules de mi marido.

Me quedé a su lado, la besé suavemente en la nariz antes de abrir la cajita de lata en forma de corazón y sacar otra carta de amor. Ya la había leído, pero aun así afectaba a mi espíritu. A veces me imaginaba que las cartas eran de Steven. Y siempre lloraba un poco.